Cuento sobre Necesidades Educativas de Apoyo Específico

La cigüeña-que no-era-una-cigüeña



Dirigidos a niñas y niños de entre 6 y 12 años

Autora: Clara Redondo Sastre. **Ilustraciones:** María Reyes Guijarro

CEAPA

Cuento sobre Necesidades Educativas de Apoyo Específico

La cigüeña-que no-era-una-cigüeña

Dirigidos a niñas y niños de entre 6 y 12 años

Autora: Clara Redondo Sastre

Ilustraciones: María Reyes Guijarro

CEAPA CONFEDERACIÓN ESPAÑOLA DE ASOCIACIONES DE PADRES Y MADRES DEL ALUMNADO

Autora:
Clara Redondo

Ilustraciones:
María Reyes Guijarro

Coordinación:
Leticia Cardenal
Mª Carmen Morillas
L. María Capellán
Pedro A. Delgado
Mar López
Teresa Pintor
Lola Ramírez

Edita:
CEAPA
Puerta del Sol, 4 - 6º A
28013 MADRID

Primera edición:
Agosto 2022

Maquetación:
IO Sistemas de Comunicación

Imprime:
IO Sistemas de Comunicación
Enrique Granados, 24
28523 MADRID

JUNTA DIRECTIVA DE CEAPA:
Leticia Cardenal Salazar, Mª Carmen Morillas Vallejo, L. María Capellán Romero, Pedro A. Delgado Alcudia, Olga Leralta Piñán, Miguel Ángel Sanz Gómez, Gema Valdés Barbao, Cristina Conti Oliver, Tacoremi Hernández Alonso, José Manuel Torre Calderón, Adelaida Martín Casanova, Mónica Martínez Quero, Mohamed Abselam Mohamed, Virginia Romero Pinto, José Antonio Álvarez Caride, Ángela Sesto Yagüe, Francisco Cantero Dengra, Noelia Echarri Arana, Javier López Hernáez y Josep Pasqual Albiol Esteller.

INTRODUCCIÓN

Siguiendo con la colección de cuentos de CEAPA, nuestro objetivo sigue siendo el aportar un instrumento a madres y padres para sensibilizar a sus hijos e hijas de entre 6 y 12 años, sobre diferentes temas. En este caso hemos querido tratar el tema de las necesidades educativas de apoyo específico (NEAE).

Hemos escogido el lenguaje de los cuentos para enseñar a los niños y las niñas conceptos, actitudes y valores relacionados con la educación inclusiva y los derechos de todos/as los/as niños y niñas. El cuento es un instrumento ideal para unirse en familia en torno a una misma actividad, convirtiéndola en un vehículo para establecer una comunicación cálida y positiva que permita educar en valores.

Un número muy importante de niños y niñas presentan unas características y necesidades concretas para las que requie-

ren diferentes apoyos en los entornos en los que se desenvuelven.

En muchas ocasiones, esas necesidades son motivo de discriminación. Frecuentemente, estos niños y niñas se encuentran con múltiples obstáculos (físicos, educativos, actitudes intolerantes, etc.) que les impiden desarrollarse plenamente y tener las oportunidades y condiciones de vida adecuadas. Además, no pocas veces terminan siendo víctimas de violencia física, psicológica o emocional.

Tanto la familia como la escuela tienen la responsabilidad de enseñar en valores solidarios, inclusivos y de equidad, para facilitar una sociedad capaz de convivir pacíficamente y valorar las diferencias de cada persona.

Todos/as los/as niños/as deben sentirse reconocidos/as, acogidos/as y respetados/as.

Con el objetivo de facilitar la comprensión de este cuento, aportamos una serie de preguntas que podéis formular

a vuestras hijas e hijos para fomentar el diálogo y reforzar ideas positivas.

¿Qué opinas de Martín?

¿Qué le pasa a Rodrigo?

¿Conoces a algún niño o niña que le pase lo mismo que a Rodrigo?

¿Qué valores nuevos has aprendido en el desenlace del cuento que están vinculados a la inclusión y derechos de los niños con necesidades educativas de apoyo específico?

1. PRESENTACIÓN

Martín vive en el segundo piso de un edificio de cuatro plantas sin ascensor en un barrio pequeño a las afueras de una ciudad grande que está en un país grandísimo: España. Tiene una hermana mayor que se llama Leti, una madre y un padre. Un abuelo que vive cerca y otros tres que no. No tiene mascotas ni entiende de animales. Ha cumplido once años y pronto dará el estirón y será un Martín larguirucho y flaco con aspecto de bicho palo. Pero eso todavía no ha ocurrido. En el portal de Martín vive un vecino que se llama Rodrigo y hace dos meses que llegó al barrio, junto con su familia. Rodrigo también tiene once años, van al mismo colegio, pero no a la misma clase.

II. HACER FAVORES

Martín no sospechaba ni de lejos que esa mañana de febrero, mes del carnaval, iba a empezar una asombrosa aventura. Estaban desayunando los cuatro en la cocina, cuando su madre le soltó tranquilamente mientras untaba mantequilla en su tostada:

—Cariño, acuérdate de lo que hablamos ayer. Las próximas dos semanas, Rodrigo se va a ir contigo al colegio. Como hoy es el primer día, llegarán un poco antes. Estarán a punto de llegar.

Rodrigo era el vecino. Su padre siempre le acompañaba al colegio por las mañanas y lo recogía a la salida, se sentía más seguro si lo hacía. Pero le ofrecieron un trabajo durante dos semanas y entraba a trabajar muy temprano, y les pidió a los padres de Martín el favor de si sus respectivos hijos podían ir juntos al colegio. «Por supuesto que sí, Martín estará encan-



MARTÍN

tadísimo de acompañar a tu hijo, faltaría más», dijo su madre convencida.

Martín se quedó mirando a su madre en plan «¿perdona?, ¿he oído bien?».

—¿Pero por qué? —preguntó Martín.

—Porque a ti no te cuesta nada. Ya lo hablamos ayer.

—Sí me cuesta. Prefiero ir solo.

—Ya. Pero esto es un favor y es bueno hacer favores, cariño, te lo aseguro.

—Pues hazle tú ese favor. ¿Por qué no puede ir él solito igual que voy yo?

—Venga, no seas antipático.

En ese momento sonó el timbre de la puerta.

—Mira, ahí está. Voy a abrir. Termina el desayuno. Y hazme el favor de portarte bien y ser amable con él, ¿me oyes? —según lo estaba diciendo ya se estaba levantando para ir a abrir.

Su hermana y su padre hicieron lo mismo: levantarse de la mesa e irse, pero antes le revolvieron el pelo.

—Venga, campeón, no es para tanto. —Su padre.

—Ánimo, hermanito. —Su hermana, Leti.

—Ah, por cierto —le dijo su padre—, tienes que llevarle al abuelo una tartera con comida que le he preparado. Le he dicho que se la dejarías al pasar por allí de camino al colegio.

—¡Encima de recadero!

—Será un momento, te pilla de paso. Toma. —Le dejó la tartera encima de la mesa—. Ya sabes, es bueno hacer favores. Así le saludas, que hace un montón que no le ves. ¡Gracias, hijo!

Y desapareció por la puerta. Sin nadie a quien poder protestarle y en la más absoluta soledad de la cocina, Martín decidió tomar sus propias decisiones. Se subió con ímpetu a una silla, abrió con ímpetu la puerta más alta del armario y cogió con ímpetu una caja metálica con dibujos de orangutanes volando de liana en liana en una selva verde y roja. Era la caja de galletas con extra de chocolate que tenía escondida su padre y que pensaba que nadie más conocía su escondite. ¡Error! Toda la familia lo sabía. Y Martín pensó que comiendo esas deliciosas galletas se le quitaría el enfado. ¡Error! Su enfado se multiplicó por tres cuando escuchó la voz cantarina de su madre, que se acercaba por el pasillo. Sin que le hubiera dado tiempo a comerse ni una galleta, soltó la caja y bajó de un salto al suelo. Al darse la vuelta, se encontró ahí a los dos, a su madre y al vecino, plantados en la puerta.

—Mira, ahí lo tienes, Rodrigo. Conoces a Martín, ¿verdad? —Rodrigo hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Martín, conoces a Rodrigo, ¿verdad?

—Sí —contestó a regañadientes.

—Genial, pues ya podéis ir yendo al colegio o llegaréis tarde. Acuérdate de pasar por la casa del abuelo a darle la comida. Y dile que venga a vernos, hace dos semanas que no nos visita y tampoco coge el teléfono.

El abuelo de Martín se llama Jonás y vive en una zona de casitas bajas con tejado a dos aguas (en forma de triángulo) y chimenea, de las que ya quedan pocas en el barrio.

Pertenecen a varias personas que decidieron no vendérselas a una constructora que les ofrecía bastante dinero a cambio de construir allí otros edificios altísimos y con ascensor. Esta zona es como un oasis dentro del barrio, pues en sus calles y en los patios de las casas hay árboles frondosos plantados hace muchos años. La casa de Jonás es una de estas casas. Y hacia allí se dirigieron Martín y Rodrigo, uno al lado del otro como si no se conocieran, en absoluto silencio.

Jonás



III. ¿ME GUARDÁIS UN SECRETO?

Era un fastidio tener que ir con Rodrigo hasta el colegio. No eran amigos, no se conocían de nada. ¿De qué iban a hablar?

Llegar a la casa del abuelo se tardaba quince minutos. Ya llevaban catorce y ninguno de los dos había dicho ni una palabra. Cuando llegaron al cruce en el que había que girar, en una placita con una fuente de un delfín que echaba agua por la boca, Martín rompió el silencio:

—Es por aquí.

Rodrigo no respondió. Se limitó a ir detrás de él.

Habían entrado a la zona de casitas bajas y fueron serpenteando por las calles: primera a la izquierda y todo recto hasta llegar a una frondosa morera. Giro a la derecha y, después de pasar la casa donde un perro siempre ladraba y ladraba y

ladraba, giro a la izquierda. Ahí había que tener cuidado con la boca abierta de una gran alcantarilla que daba miedo y por la que era peligroso caerse. Finalmente, todo recto, recto, recto estaba la casa del abuelo. A los pies de un árbol altísimo donde en verano anidaban las cigüeñas.

Las calles estaban vacías y a esa hora se escuchaba a los pajaritos cantar y a los coches rugir a lo lejos. Ya estaban cerca de su destino, cuando Martín se fijó en que Rodrigo sacaba del bolsillo de su sudadera una maquinita pequeña que no había visto en su vida.

—¿Qué haces?

—Grabo sonidos.

—¿A ver?

Martín quiso ver de cerca la maquinita y se acercó a Rodrigo, pero este gesto no le gustó; aceleró el paso y ambos siguieron su camino uno al lado del otro, en silencio.

—Aquella es —dijo Martín.

Cuando ya estaban muy cerca, lo que vieron les llamó la atención y ambos se pararon al instante. En la puerta de la casa estaba Jonás, el abuelo, de pie, como si hubiera sufrido un hechizo de inmovilidad total. Y frente a él, a unos pasos, un animal le estaba mirando.

Parecía una cigüeña, pero no era una cigüeña; era tan alto como cualquier persona bajita, sus espesas plumas eran grises azuladas y tenía un pico grandote, como el que tendría un pato gigante. De lejos daba la impresión de que estuvieran diciéndose algo, y esto sería raro si no fuese porque Jonás tenía la costumbre de hablarles a los animales que cuidaba en su casita baja sin ascensor. Tenía un conejo (Orión), un gato (Javier), dos tortugas (Manuela y Coliflor), varios mirlos que venían a beber al miniestanque que había construido en el minipatio de la casa, tres salamandras que vivían entre los muros del patio y dos gatas vagas y curiosas (Belcha y Mus-

tia). Y por supuesto su perro Baster. Todos vivían juntos en armonía.

Daba la impresión de que el abuelo y el animal estuvieran posando para una fotografía instantánea, como si no se pudieran mover ni un milímetro por riesgo de convertirse para siempre en estatuas de piedra. Unos rayos de sol se proyectaban en las dos figuras. Y de pronto el animal desplegó sus alas enormes y se transformó en un ave imponente sobre la que los rayos del sol producían un efecto hipnótico y majestuoso. Esto duró unos segundos. Luego guardó sus alas y volvió a ser *la cigüeña-que-no-era-cigüeña* de antes. Martín, alucinado, miró a Rodrigo:

—¿Estás viendo lo que yo?

Rodrigo no le contestó. Estaba concentrado y con el cuerpo echado para adelante y en tensión, como al acecho olisqueando una pista que tuviera que rastrear. Metido en una burbuja transparente. Martín se le quedó mirando porque parecía todo

como sacado de un sueño o de una película de fantasía o algo así. Levantó la cabeza y miró de nuevo hacia donde estaba el abuelo: en ese momento alargaba la mano ofreciéndosela al animal a modo de saludo, pero *la cigüeña-que-no-era-cigüeña* dio unos pasitos hacia atrás. No se fiaba de Jonás.

Martín quería moverse, pero algo se lo impedía, un encantamiento de inmovilidad o algo parecido. Cuando llevaban ahí un minuto o dos —Martín había perdido la cuenta—, Rodrigo de pronto arrancó a andar como un autómata y caminó decidido hasta la casa de Jonás. Cuando llegó, se puso delante del animal e inclinó el cuerpo y la cabeza hacia adelante, en el típico gesto de respeto. De manera inmediata y ante el asombro de Jonás y de Martín, *la cigüeña-que-no-era-cigüeña* se inclinó también y se acercó a él.

Martín, de la emoción, salió corriendo hasta allí con tanto ímpetu que espantó al animal y fue regañado muy seriamente por su abuelo.

—Qué cabeza loca, muchacho. ¿No ves que le has asustado?

—Lo siento, abuelo.

—Este amigo tuyo sí sabe cómo tratar a los animales. Apártate de ahí, muchacho. A ver si conseguimos que se acerque.

Baster, el perro del abuelo, se asomó en ese momento, salió tranquilamente, bostezó y se tumbó en el suelo; no parecía que le afectara lo más mínimo lo que estaba sucediendo a la puerta de su casa. *La cigüeña-que-no-era-cigüeña* se acercó de nuevo a Rodrigo, este se inclinó hacia ella, le ofreció el dorso de su mano, y el animal le dio tres o cuatro picotazos suaves para después dirigirse directo hasta la puerta. El abuelo hizo una exagerada reverencia como invitándole entrar y él se coló dentro rápido y moviendo graciosamente el trasero, como si en ese momento se acordara de algo muy importante que tuviera que hacer dentro de la casa.


RODRIGO

Jonás le agradeció a Rodrigo su gran ayuda para conseguir que el «pobrecito animal abandonado» se animara a entrar en la casa. Estaba claro que a su abuelo le había caído muy bien Rodrigo. Y también que había decidido acoger en su casa a este animal que pensaba que había sido abandonado, como casi todos los que tenía.

—Por cierto, muchacho, ni una palabra de esto a tus padres, ¿de acuerdo? Si se enteran de que meto a un animal más en casa, no pararán de regañarme y no me dejarán tranquilo.

—Vale, abuelo. ¿Y si me preguntan qué digo?

—Que de mi parte muchas gracias por la comida. Y nada más. Esto queda entre vosotros y yo, ¿de acuerdo? —Como ninguno de los dos decía nada, insistió—: ¿De acuerdo? Por cierto, ¿cómo te llamas, chico? —le preguntó a Rodrigo, que dio unos pasos hacia atrás y mirando al suelo dijo:

—Rodrigo.

—Chico, has estado espectacular. Pero ¿cómo has conseguido que no te tuviera miedo?

—Me gustan los animales y conozco sus costumbres.

—Increíble, chico, increíble.

Satisfecho, Jonás se despidió, se metió en su casa y cerró la puerta. Cuando Martín buscó a Rodrigo, este ya había comenzado a caminar. Se puso a su altura e intentó hablar de lo que había pasado, pero Rodrigo volvió a acelerar y le dejó atrás.

IV. UN CRONÓMETRO PARA RODRIGO

A la entrada al colegio se separaron. Martín había cumplido su cometido de acompañarlo hasta la puerta del colegio y se sintió liberado. A primera hora tenía clase con Ana. Martín se alegraba cuando le tocaba con ella. Sus clases siempre empezaban con una especie de asamblea. Se sentaban en las mesas, en lugar de en las sillas, y consistía en compartir con los demás algo que a uno le hubiera sucedido, interesante o no, triste o alegre, daba igual. Lo importante era compartir algo cotidiano, porque Ana pensaba que lo que ocurría a diario en la vida era también muy importante y merecía ser contado. Luego ya empezaba la clase normal.

Ese día comenzó a hablar Lola. Contó que había nacido su prima y que fue muy divertido porque a su tía (la mamá embarazada) le entraron los dolores del parto después de un ataque de risa.

—Es en serio —dijo Lola cuando toda la clase se echó a reír—. Estaban mis tíos en mi casa y mi padre empezó a contar chistes. Mi tía se empezó a reír, con cada chiste se reía más y no podía parar y de repente le empezó a doler la tripa y se hizo pis. Mi padre me dijo que no era pis, que era un líquido que había en la bolsa donde estaba el bebé, que se había roto y que eso significaba que estaba a punto de nacer.

—Qué bien explicado, Lola —dijo Ana—. Venga, más, más...

Mientras los compañeros hablaban, Martín no hacía más que pensar en la escena con su abuelo, con Rodrigo y con *la cigüeña-que-no-era-cigüeña.* Pero no quiso contarlo.

En el recreo, salió con ganas de encontrarse con su vecino porque... no sabía bien por qué, pero quería hablar con él. Había empezado a sentir unas cosquillas extrañas en la tripa. Por fin le localizó. Estaba sentado en el suelo y a su alrededor había tres niños que le miraban atentos: Rodrigo estaba manipulando un cubo de Rubik a una velocidad increíble.

—¡Veinte segundos! —dijo una que tenía un reloj en la mano.

—¿Qué hacéis? —preguntó Martín.

—Cronometrar a Rodri —dijo otro.

La profesora de apoyo de Rodri le había animado para que mostrara a sus compañeros durante el recreo cómo era capaz de completar el cubo en poquísimos segundos. ¡Era un auténtico crack! Los compañeros de clase sabían que a Rodri no le gustaban los abrazos porque le ponían nervioso y que simplemente se tenían que mantener a distancia mientras él manipulaba. También sabían que era el que más sabía de animales y del cubo de Rubik. Y que grababa sonidos. De pájaros, de coches. Una ambulancia. Todo lo grababa en su grabadora, una maquinita antigua que le había regalado su padre.

—¡Otra, Rodri, otra! —le pidió la que cronometraba.

Martín se quedó de pie mirando la escena: con el cubo entre las manos, primero Rodri observó muy concentrado sus colores des-

ordenados. Luego lo dejó en el suelo y, a la voz de «¡ya!» de un compañero, lo cogió y, con una agilidad que era casi imposible de creer, consiguió completar los colores en su sitio correcto e, inmediatamente, lo soltó como si le quemara.

—¡Veinticinco! —dijo la cronometradora.

—¡Guauuu! ¿Pero cómo lo haces? ¿Tienes un motor en las manos? —le preguntó asombradísimo Martín.

Rodri le miró y contestó:

—No tengo un motor en las manos. —Así de claro era Rodrigo

Y volvió una y otra vez a completar su cubo de Rubik. Martín se quedó de nuevo con las ganas de hablar con él sobre lo sucedido por la mañana. Tendría que esperar otro momento mejor.

* * *

A Martín una de las cosas que más le gusta es ponerse con su hermana a merendar mientras ven un rato la tele. Y escuchar a

sus padres moverse por la casa. Eso no es lo que suele suceder a diario, en realidad sucede pocas veces. Su hermana juega en un equipo de baloncesto y entrena tres días a la semana, y los días que no entrena se busca planes con las amigas. Y sus padres llegan a media tarde de trabajar. Así que ve la tele él solo mientras merienda. En teoría solo media hora, eso es lo que le permiten sus padres. Aunque a veces se hace el loco y cuando escucha la llave en el cerrojo la apaga deprisa y se va corriendo a su habitación. Menuda regañina si le pillan.

Esa tarde, cuando llegó su padre a casa, Martín no estaba delante del televisor con la merienda, sino en habitación, abstraído, como si le hubieran paralizado con un soplido.

—¡Hola, hijo! ¿Qué tal te ha ido en el cole? ¿Y qué tal con Rodrigo? ¿Todo bien? ¿Y le has llevado la comida al abuelo? ¿Qué tal estaba? ¿Le diste el recado de que viniera por aquí a vernos?

Era imposible contestar a todas esas preguntas. Su padre solía preguntar muchas cosas nada más entrar en casa sin esperar la

respuesta mientras se iba quitando los zapatos, la camiseta y el pantalón para ponerse el pijama.

—Todo bien, papá. ¿Puedo ver la tele?

—Mejor ven a contarme, anda, que llevo todo el día sin verte.

Le contó lo del recado para el abuelo, lo de la tartera, que a Rodrigo no le gustaba mucho hablar y que era una máquina con el cubo de Rubik.

—¿En serio? ¿Solo veinte segundos en completarlo? ¡Es un portento!

Y no le contó nada más. Nada de *la cigüeña-que-no-era-cigüeña* ni de cómo Rodrigo había conseguido que el animal se acercara a él y entrara en la casa. Su abuelo le había dicho que guardara el secreto y él era fiel a su palabra. Por nada del mundo delataría a su abuelo.

V. EL NUEVO INQUILINO HA PREGUNTADO POR TI

A la mañana siguiente, Rodrigo tocó al timbre quince minutos antes de la hora acordada. En esta ocasión fue Martín quien le abrió la puerta y le invitó a entrar, pero Rodri le dijo que le esperaba en el portal. Después de coger la mochila, salieron a la calle. Martín iba detrás y, cuando llegaron a la fuente del delfín, Rodri giró a la derecha.

—¿Pero a dónde vas? Hoy no tenemos que ir donde mi abuelo.

—Vamos. Quiero ver al picozapato.

—¿Al qué?

—El animal que tu abuelo tiene en su casa se llama picozapato.

—¿Y cómo lo sabes?

—Ya os dije ayer que sé mucho de animales. Vamos, quiero verlo. —Lo dijo tan seguro que Martín tuvo claro que tenía que obedecer.

—Vale, pero que sepas que a mi abuelo no le gustan las visitas.

Como su abuelo Jonás tenía fama de refunfuñón y casi nunca invitaba a nadie a entrar en su casa, Martín se sorprendió cuando Jonás, al abrir la puerta y ver a Rodri en primera fila, le invitó a entrar como si fuese la visita que hubiera estado esperando toda la noche. Baster se levantó lentamente, se acercó a Rodrigo y no paró de darle con el hocico hasta que este se acercó a acariciarlo.

—Hola, abuelo, yo también estoy aquí —reivindicó Martín levantando la mano.

—Hola, muchacho, qué bien que hayas traído otra vez a Rodrigo. Pues que sepas, chaval, que mi nuevo inquilino ha estado preguntando por ti toda la noche.



SABINA

(Balaeniceps Rex)

—Venga, abuelo, no te motives.

—Pasa al patio, que ahí tengo a Sabina. —Que Jonás le hubiera puesto nombre al recién llegado animal significaba que lo consideraba ya de la familia.

Cuando salieron al patio trasero de la casa, ambos se inclinaron y Sabina enseguida se acercó a Rodrigo y empezó a picotearle en la mano muy cariñosamente, como si se conocieran de toda la vida.

—Me viene bien que hayáis venido, muchachos, porque quería haceros un encargo. Voy a estar dos días fuera, mañana jueves y el viernes, que llegaré por la noche. A todos mis animales ya les tengo enseñados dónde y cómo tienen que comer cuando yo estoy fuera. Pero Sabina es nueva y necesito que vengáis a darle de comer.

—Pero, abuelo, no sabemos nada de Sabina, quizá es un animal peligroso y puede...

—No es peligroso —interrumpió Rodrigo—. Yo sé qué hay que darle de comer. Puedo comprarlo yo. —Rodrigo parecía entusiasmado con la misión.

—No te preocupes, chico, ya he comprado yo. En el frigorífico tenéis un tarro grande de cristal con cuatro pescados y cuatro ranas.

—¿Estás seguro, Rodrigo? —Martín, sin embargo, no lo veía nada claro.

—Sí, estoy seguro —contestó con seguridad.

—Le dais dos pescados y dos ranas cada día, ¿de acuerdo?

Salieron de allí con ese encargo, con unas llaves de la casa en el bolsillo y con un nuevo juramento de que Martín no contaría nada de nada a su familia.

El día para Martín transcurrió con inquietud. Desde la mañana del día anterior se habían instalado en su tripa unas hormigas que no hacían más que moverse y no le dejaban olvidarse de

Sabina. Era bonito el nombre. Al revés de lo que solía pasarle, se estaba encariñando del animal. Y Rodrigo a cada momento le sorprendía con algo nuevo. A pesar de que casi no hablaba y se mantenía siempre a distancia, le empezaba a caer bien.

Por la tarde, mientras estaba haciendo los deberes, sonó el timbre de la puerta. Miró por la mirilla. Era Rodrigo.

—Es un *Balaeniceps Rex* —le soltó nada más abrir la puerta.

—¿Cómo?

—Que Sabina es un *Balaeniceps Rex.* También se le llama cigüeña africana o rey cabeza de ballena. Es el ave más grande de África. Traigo la *tablet* para enseñártelo.

—¿En serio? Pasa y me lo cuentas.

Martín le fue a tocar en el hombro para invitarle a pasar, pero Rodrigo lo evitó con un gesto rápido y se quedó de pie en el pasillo, inmóvil y abrazado a su *tablet.*

—Perdona, no quería molestarte. ¿Pasas?

Ya en la habitación de Martín, Rodri le empezó a contar.

—Sabina es un ave muy importante de su especie porque quedan muy pocos individuos como ella en el planeta. Hay gente que piensa que, si lo posees, tendrás fortuna para toda la vida.

—¿Fortuna?

—Fortuna quiere decir suerte y también dinero. Tendría que estar viviendo en África y no aquí, en España.

Rodri sacó la *tablet* y le enseñó las páginas de internet en las que había encontrado información. Fotos, videos.

—Vive en zonas pantanosas de aguas con poco oxígeno.

—¿Con poco oxígeno por qué?

—Los peces de esas aguas tienen que salir muchas veces a la superficie a respirar. Mira.

Y le enseñó un video en el que aparecía un picozapato zampándose un pez.

—¡Me flipa! —exclamó Martín.

—Espera muy quieto hasta que sale alguno y...

—Y ¡zas! —le interrumpió—, se lo merienda.

Rodrigo cerró la *tablet.* Se levantó y se quedó de pie mirando por la ventana. Era raro cómo se sentía Martín. Se suponía que no le caía bien Rodri, que no se iban a llevar. Pero ahora no quería que su vecino se fuera. Estaba bien con él. Se quedaron en silencio, cada uno metido en su pensamiento. De pronto, Rodrigo sacó su grabadora y le dio al *play.* En ese momento se escuchaban varios sonidos: la música que llegaba desde la habitación de su hermana, la persiana movida por el viento, el lejano motor de un avión, el claxon de un coche, un niño llorando... Cuando le dio al *off,* Martín le preguntó:

—¿Para qué te sirve lo que grabas?

—Música, monto los sonidos en el ordenador y hago música.

En ese momento entró su padre y se cortó la conversación. Rodrigo enseguida dijo que se iba y se fue sin decir adiós.

VI. ¡ESTO NO ES UN PATO!

A la mañana siguiente, Rodri tocó al timbre más temprano todavía que el día anterior. Martín ya había desayunado y estaba preparado para salir.

—Parece que te llevas bien con el vecino, ¿no? —le preguntó su padre, sorprendido de que no hubiera gruñido esta vez.

—Me voy, adiós.

No podía quedarse porque Rodri le estaba esperando y porque si se quedaba más rato le haría más preguntas. Y no quería más preguntas.

Rodri y Martín salieron del portal y, sin hablar, ya sabían dónde tenían que ir. Lo que no sabían era que se iban a encontrar pegado en una farola un cartel con la foto de Sabina:

NUESTRO QUERIDO PATO SE HA EXTRAVIADO. SOMOS UNA PAREJA DE ANCIANOS Y ESTAMOS MUY TRISTES POR SU DESAPARICIÓN. OFRECEMOS RECOMPENSA ECONÓMICA A QUIEN LO ENCUENTRE Y NOS LO DEVUELVA. TELÉFONO DE CONTACTO: 988 766 544.

—¿Un pato? ¡No es un pato!, ¡es un auténtico *Balaeniceps Rex!*

El hombre que estaba pegando los carteles llevaba una gabardina marrón y una gorra a cuadros. Desde luego, no era un anciano, como decía el cartel. ¿Y cómo había confundido a Sabina con un pato?

—¡Vamos! —dijo Rodri sin que a Martín le diera tiempo a reaccionar.

Siguieron al hombre hasta las afueras de la zona de las casitas bajas. Entró en una nave, una especie de almacén grande de paredes metálicas blancas, con una puerta pequeña y un ventanuco. Martín y Rodrigo se acercaron con sigilo y se aso-

maron por la ventana, pero el cristal estaba tan sucio que no pudieron ver el interior.

—Vámonos. Esto me huele mal —susurró Martín.

—Aquí no huele mal. Tú vete si quieres, yo voy a entrar.

El hombre, que no había sospechado que alguien le seguía (y mucho menos dos niños), había dejado la puerta entreabierta. Rodrigo entró sigiloso como una lagartija y Martín fue detrás. Sus ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse a la oscuridad del interior. Y fue entonces cuando vieron al hombre de la gorra, de espaldas a ellos, que hablaba por teléfono. Se había colocado frente a una enorme jaula de metal cuyos barrotes acariciaba con la mano que le quedaba libre. Y dentro de la jaula... había otro picozapato igual que Sabina.

—Usted tranquilo, señor Peña. Lo encontraré seguro.

—(¡...!)

—No sé cómo ha podido escapar.

—(¡...!)

—¡Se lo juro! Confíe en mí. Tengo mucha experiencia en esto. Además, he buscado refuerzos, que no tardarán en llegar.

—(...)

—¿Los del centro de rehabilitación de Zambia? No, no, tranquilo. Ellos no se imaginan que sus animalitos están a miles de kilómetros de distancia de allí.

—(...)

—Sí, sí, seguimos adelante con la venta, señor. No se preocupe. La hembra no puede estar muy lejos. Cuando esté hambrienta volverá.

—(...)

—Aquí tengo al macho, sí. Dentro de poco, estos dos animales serán suyos. En cuanto recupere a la hembra, le llamo de nuevo para cerrar día y hora. Este barrio es muy tranquilo

para hacer la entrega. Usted tenga preparado el dinero, señor Peña.

—(...)

—De acuerdo, no le fallaré, señor, se lo prometo. Adiós, adiós.

Martín se llevó la mano al corazón; le bombeaba tan fuerte que tuvo miedo de que el hombre escuchara sus latidos. Miró de nuevo a la pareja de Sabina, que tenía una carita de lo más triste. ¡Cómo no iba a estar triste si estaba entre barrotes y lejos de su hogar! A aquel animal le esperaba un malvado destino: ser vendido y encerrado de por vida. Sintió una furia que le subía por el cuerpo hasta la cabeza. En ese momento, notó que Rodri le tiraba del jersey y se escurría por la puerta con la misma agilidad con la que había entrado. Martín fue detrás de él.

Cuando ya estuvieron en la calle salieron corriendo como si los persiguiera el mismísimo demonio de Tasmania y no pararon hasta que llegaron al colegio. Era ya tarde y el patio

estaba vacío. Se miraron sin decirse una sola palabra, aunque llevaban en la cabeza la misma pregunta: «¿Qué hacemos ahora?». Cada uno se fue a su clase.

—Llegas tarde, Martín. Menuda cara traes, ¿has visto a un fantasma? —le preguntó Ana mientras le indicaba que se sentara en su mesa—. ¿Tienes algo que compartir con nosotros?

No. No podía contar lo que les acababa de ocurrir. ¿O sí? ¿Debía contarlo? No. No podía contarlo. No sin antes hablar con Rodrigo. El secreto era de ambos. ¿Pero y si el señor de la gorra descubría el escondite de Sabina? ¿Y si corría peligro el macho de ojos tristes que acababan de ver en la nave?

—Bueno, qué. ¿Tienes algo que contar, Martín?

—No, últimamente... no me ha pasado nada emocionante —mintió.

La mañana se le hizo larguísima y quería que llegara el recreo para hablar con Rodri. Cuando llegó la hora, salió pitando de


Ana

la clase. Se cruzó con una algarabía de niños, pero no veía a Rodrigo. Se asomó a su clase y lo vio al fondo, con su profesora de apoyo.

—¡Hola! ¿Sales? —le preguntó nervioso. Rodri levantó la vista y muy tranquilo dijo:

—Voy a hacer el cubo tres veces y voy.

Cuando completó su cubo de Rubik tres veces, ni una más ni una menos, salió de clase y ambos se quedaron en el pasillo.

—Hay que ir a ver a Sabina. Y darle de comer —dijo Rodri.

—¡Es verdad! Se nos ha olvidado ir a darle de comer.

—A mí no se me ha olvidado. Pero llegábamos tarde a clase.

—Vale, luego a la salida vamos. ¿Y qué hacemos con la pareja de Sabina? ¿Y con el hombre de la gorra?

—Esta tarde espérame a la salida. A mis padres les diré que me voy contigo.

—Vale. Pero necesitamos un plan. No podemos decir nada a mis padres porque se lo hemos prometido a mi abuelo, pero tenemos que liberar al macho. ¿Qué hacemos?

Una profesora pasó a su lado y ambos callaron unos instantes. Martín estaba sintiendo que las ideas que tenía en la cabeza se estaban metiendo en un embudo y no podrían salir de allí nunca más.

—Tenemos que pensar —dijo Rodri cuando se alejó la profesora.

—Estoy muy nervioso.

Martín miró a Rodri: esperaba que le dijera que él también estaba nervioso, que estaba muuuy nervioso, pero lo único que hizo fue sacar su cubo de nuevo.

—Te espero luego a la salida —dijo y se fue al patio.

Rodri había quedado con sus compañeros de clase para hacerles de nuevo una demostración del cubo. No querían perdérsela y para Rodri era un momento especial que tampoco quería perderse.

A la salida del colegio, Rodri les dijo a sus padres que se quedaba con Martín en el patio jugando, a lo que reaccionaron muy contentos y se volvieron a su casa tan tranquilos pensando que su hijo iba a pasar la tarde jugando con su vecino. Nada más lejos de la realidad. En cuanto los perdieron de vista, los dos chicos se fueron corriendo (literal) a la casa del abuelo. Al llegar, se encontraron justo con lo que no querían por nada del mundo: Sabina había desaparecido.

Cuando entraron, se acercaron al patio trasero y comprobaron que estaban todos los animales menos Sabina. La casa estaba en silencio y el único movimiento era el de la cortina de la ventana, que ondeaba con el aire. Era increíble, pero Sabina había conseguido abrirla sin romper el cristal. En lo primero que pensó Martín fue en su abuelo Jonás. Llegaría al día siguiente por la noche y no podía ser que Sabina hubiera desaparecido. En lo segundo que pensó fue en la propia Sabina. ¿Dónde estaba? Y también en el otro picozapato encerrado en aquella jaula. ¿Cómo rescatarlo? Mientras Martín pensaba en todo esto con

la vista fija en el movimiento ondeante de la cortina, Rodri se había sentado en el suelo y había sacado su cubo de Rubik, que manipulaba a toda velocidad. Martín no se extrañó; ya sabía que esa era la manera que tenía Rodrigo de tranquilizarse y de pensar. Esperó unos segundos antes de hablar.

—¿Crees lo mismo que yo?

—No sé lo que crees tú —contestó Rodri.

—Pues que Sabina se ha ido al encuentro del macho. Si es así, tenemos un pequeño problema.

—Pequeño no, muy grande.

—Vale, sí, muy grande. Tenemos que ir a la nave y ver si está allí. ¡Vamos!

—Me quedan tres vueltas, espera.

Martín esperó inquieto hasta que Rodri completó tres veces el cubo. Entonces se levantó y salieron a la calle. Cuando ya estaban a punto de cerrar la puerta, Rodri se paró:

—Espera un momento.

Entró de nuevo en la casa y al instante salió cerrando la cremallera de la mochila.

—Venga, ahora sí que tenemos que ir rápido —dijo Rodri decidido.

Dicho y hecho. Salieron corriendo a todo correr. Pero al girar una esquina... ¡Plash!

Choque frontal.

—¡Ahhhhh!

Era Ana, la profesora de Martín. Iba distraída escuchando música con los cascos puestos, que salieron volando por los aires.

—¿A dónde vais con tanta prisa?

—Nada, vamos a... Bueno, es que vamos a... No, a ver, es que tenemos que...

—¿Qué te pasa, Martín? ¿A dónde vais con tanta prisa, Rodrigo?

—Vamos a rescatar a Sabina y a su pareja —intervino Rodri sin pensarlo dos veces—, son dos *Balaeniceps Rex* que han robado de una reserva en África y los quieren vender a un rico para encerrarlos en un jardín.

—¿Pero estás loco? ¿Por qué se lo has contado? —Martín no podía creérselo.

—Porque nos lo ha preguntado. Así de claro era Rodrigo.

—A ver, a ver, que no entiendo nada. ¿Dos qué? ¿Quiénes son? ¿Los han robado? ¿De dónde? ¿Los van a vender? ¿A quién?

Tardaron unos minutos en darle respuesta a todas esas preguntas, y Martín le hizo jurar que no les contaría nada a sus padres. Ante todo, fidelidad a su abuelo.

—Yo voy con vosotros —dijo rotundamente y sin posibilidad de réplica—. No os voy a dejar que vayáis solos. Y quiero conocer a esa picozapato. ¡Vamos!

Esa tarde, la suerte acompañó a los dos chicos: 1) por haberse chocado con Ana en una esquina, 2) por haber adivinado que Sabina querría buscar a su compañero y 3) porque el sentido de la orientación de Sabina era pésimo. Se la encontraron de camino a la nave, sí, pero parecía atolondrada, como indecisa con qué dirección tomar: «¿Voy por aquí? ¿Voy por allá?». Menos mal que no había nadie por los alrededores: otro golpe de suerte.

—¡Sabina! —dijo Ana sorprendida—. ¡Es preciosa!

Con sus ojos claros-casi-amarillos y redondísimos, Sabina miró a Ana. Inmediatamente, esta se inclinó hacia ella en ese gesto que sabía que era necesario. Ahora ya sí: Sabina se acercó a Ana y esta quiso acariciar su espeso pelaje gris azulado. Sabina se dejó acariciar mientras miraba con muchísima atención el bote de cristal que Rodri acababa de sacar de su mochila. Teniendo eso como cebo, Rodri le fue dando una a una y consiguieron así dirigirla de nuevo a la casa de Jonás. Cuando por fin cerraron la puerta, los tres respiraron

aliviados. Baster los recibió bostezando, como siempre, y les dio con el hocico para que lo acariciasen.

—Yo me quedo aquí esta noche vigilando que Sabina no se vuelva a escapar. Tenemos que pensar, a ver cómo resolvemos este problemón... —dijo Ana poniendo los ojos en blanco.

—Tenemos que pensar —repitió Rodri.

—Mañana de camino al colegio nos pasamos por aquí —añadió Martín.

—Hasta mañana, chicos.

* * *

Martín pensó. Rodri pensó. Ana pensó.

VII. ¡MENUDA LA QUE SE HA MONTADO!

A la mañana siguiente, ni Rodri ni Martín se imaginaban la sorpresa que se iban a encontrar cuando llegaron a casa del abuelo. Al entrar, los recibió Baster moviendo alegremente el rabo: parecía más contento de lo habitual. Y escucharon unas voces que provenían de la cocina. Se miraron alarmados —¿los había encontrado el hombre de la gorra?—. Se dirigieron sigilosamente a la cocina y asomaron con recelo la cabeza.

¡Sorpresa! Allí estaban Ana y el abuelo tranquilamente desayunando un café y unas tostadas que olían sensacional. Uf, qué susto se habían llevado.

—¡Abuelo!

—¿Qué pasa, muchacho? No me esperabas, ¿eh? He adelantado la vuelta. ¡Y menuda la que habéis montado en un solo día que he estado fuera!

—Pero abuelo...

—Deja de repetirlo, que me vas a quitar el nombre, muchacho. Pasad y contadme con detalle todo lo que ha sucedido. Ana me lo ha contado por encima, pero quiero detalles porque, si es verdad todo eso, tenemos que actuar.

—¡Claro que es verdad! —aseguró Rodri.

Martín, como una cotorra con ganas de hablar, le contó a su abuelo todo desde el principio hasta el final, mientras Rodri le escuchaba con atención manipulando con sus ágiles dedos su querido cubo de Rubik.

—Bien, bien, muchachos, lo habéis hecho muy bien. Ahora nos queda la parte más difícil. Rescatar a Cortés y devolverlos a los dos sanos y salvos a su hogar.

—¿Cortés? —preguntó Martín sorprendido.

—Sí, a partir de ahora, la pareja de Sabina se llama Cortés. ¿No os parece un buen nombre para el picozapato macho?

—Y sin esperar respuesta continuó—: Venga, es hora de que os vayáis todos al colegio. Os convoco a los tres a una reunión cuando salgáis esta tarde. ¿De acuerdo?

Cuando se quedó solo, Jonás se puso su música favorita (sonaba Rosalía) y empezó a regar las plantas que tenía dentro de la casa.

—Baster, tú qué piensas. Vaya lío en el que nos hemos metido.

Baster dormitaba en su alfombra favorita y ni se inmutó. Sin embargo, Orión, el conejo, se acercó pensando que le hablaba a él.

—Sabina, qué pena que no puedas hablar para que me cuentes cómo ha sucedido todo.

Manuela y Coliflor, las tortugas, le miraban atentamente desde debajo del sofá. Y Sabina se asomó.

—¿Os gusta esta música, verdad, amigos? —preguntó Jonás y empezó a mover los pies al ritmo de una bachata.

De pronto, sonó el timbre. Cuando abrió la puerta, se encontró delante al hombre de la gorra a cuadros y la gabardina.

—Vengo a llevarme al animal nuevo que tiene encerrado ahí dentro. Es mío.

Jonás tensó todos sus músculos, pero intentó mantener la calma. De fondo seguía sonando la bachata.

—Yo no tengo ningún animal nuevo. Todos los que viven aquí llevan conmigo mucho tiempo. Y no se equivoque, no los tengo encerrados. Salen cuando quieren. Lo siento, no puedo ayudarle.

—No sea usted tozudo. Sé perfectamente que tiene a mi animal ahí dentro. Una vecina lo vio meterlo en casa y me ha avisado. Quiero ese animal y lo conseguiré por las buenas o por las malas, así que voy a pasar y voy a llevarme lo que es



Sr. Gorra - Tato - Tata

mío. —En ese momento, giró hacia atrás la cabeza y voceó—: ¡Tato! ¡Tata!

Al instante, aparecieron por la puerta una mujer forzuda y un hombre forzudo. Iban vestidos con la misma ropa: pantalón caqui, abrigo caqui, gorra caqui y botas de montaña caquis. Y, lo más increíble: eran idénticos y con cara de tener muy pocos amigos. Los mellizos se colocaron detrás del hombre de la gorra, en plan guardaespaldas dispuestos a cualquier cosa. Al escuchar la música que sonaba de fondo, ambos se miraron y no pudieron evitar sonreír con disimulo, y sus pies y sus caderas empezaron a moverse al ritmo de la música.

—Qué, os gusta mi música, ¿eh? —dijo Jonás un tanto aliviado al comprobar que los mellizos por lo menos tenían algo bueno.

El hombre de la gorra los miró con gesto serio y estos pararon de moverse. Cuando este intentó entrar, Jonás le cortó el paso e inmediatamente Baster, que había olido el peligro,

se movió al lado de Jonás y empezó a gruñir como nunca antes lo había hecho, enseñando sus poderosos dientes. Desde luego, no parecía el mismo Baster de siempre, perezoso y bonachón. Hasta el propio Jonás se sorprendió y sonrió para sus adentros. Sin embargo, el señor de la gorra tenía muy claro que iba a conseguir lo que quería y sacó de su mochila un trozo de carne que olía fenomenal (para el olfato de los perros) y se lo ofreció a Baster, que no pudo evitar que su instinto le jugara una mala pasada. Se lo lanzó a la calle y allá que se fue el perro, dejando a Jonás solo ante el peligro. El hombre de la gorra metió la mano en el bolsillo de su gabardina y le apuntó por dentro con algo que parecía una pistola y les hizo una señal a los mellizos para que pasaran. Estos se colocaron frente a Jonás y volvieron a poner cara de pocos amigos.

—Y ahora déjeme pasar.

Jonás, temiendo que pudieran hacer daño a Sabina y al resto de sus animales, se echó a un lado. Entonces, el hombre de la gorra, con la seguridad de quien sabe perfectamente lo

que hace, sacó de su mochila una bolsa llena de peces. Sabina, que hasta ese momento había estado oculta, apareció por entre los muebles. El olor era tan fuerte que su instinto, como el de Baster, también le jugó una mala pasada. Este conocía bien las costumbres de Sabina, porque antes de acercarse se inclinó ante ella y Sabina se zampó de un picotazo el pez que tenía en la mano. Este aprovechó el movimiento para lanzarle a Sabina una cuerda al cuello y, con otros peces como cebo, se la llevó hacia la puerta. Jonás quiso impedir que salieran, pero el hombre le apuntó con lo que llevaba dentro el bolsillo.

—¡Eh, Tato, Tata! ¡Dejad de bailar ya!

Y es que los mellizos no podían resistirlo: el ritmo de la música (ahora era *Motomami*) se les colaba por dentro del cuerpo y no podían parar de mover los pies y las caderas. Pero enseguida obedecieron y le abrieron el paso hasta la puerta. Jonás no tuvo más remedio que quitarse de su camino y dejarlos marchar. También Baster les volvió a gruñir cuando

pasaron por delante, pero no pudo impedir que los tres se alejaran con Sabina como botín.

* * *

Mientras esto ocurría en la casa del abuelo, en el colegio...

Ana tenía clase a primera hora en el aula de Martín y, como siempre, antes de empezar con la asignatura, tuvieron la asamblea. Cuando Ana entró en clase, cada uno se fue sentando en su mesa correspondiente. La asamblea la esperaban con ganas porque siempre alguien tenía algo que compartir.

—¿Y bien? ¿Quién quiere empezar? —preguntó Ana.

En esta ocasión, la que quería compartir algo con los demás era ella misma. Todo lo que había ocurrido le bullía por dentro y necesitaba contarlo. ¡Y a quién mejor que a sus alumnas y alumnos! Pero también era el secreto de Martín y de Rodri

y seguro que ellos no querían que nadie se enterase. Por eso se quedó de piedra cuando Martín dijo:

—Yo. —Levantó la mano y se puso de pie—. Yo quiero contar algo que nos ha ocurrido a Rodri, a Ana, a mi abuelo y a mí.

Ana tardó unos segundos en reaccionar:

—Espera, Martín. Voy a llamar a Rodri, seguro que quiere estar presente cuando lo cuentes —dijo Ana, que salió en busca de Rodri y al minuto regresó con él.

—Ya estamos todos. Bueno, menos Jonás, que está en casa cuidando de... Puedes empezar, Martín.

De pronto y antes de que Martín dijera una sola palabra, se abrió con ímpetu la puerta de la clase y apareció un señor con expresión de estar asustadísimo y enfadadísimo. Y cansadísimo, porque había llegado corriendo desde su casa. Era Jonás. Venía acompañado de Baster, que entró a su lado y se tumbó enseguida con la lengua fuera.

Jonás buscó a Ana y a su nieto con los ojos y, cuando los localizó:

—¡No os vais a creer lo que me ha pasado!

Cuando se dio cuenta de que había por lo menos cuarenta ojos mirándole sorprendidos, se calló. Entonces, se acercó a Ana y durante unos minutos le estuvo hablando al oído. Ana tomó la palabra:

—Os presento a Jonás, el abuelo de Martín. Y tiene algo muy importante que decir. Pero antes, Martín y Rodri, es mejor que lo contéis todo desde el principio.

—Que lo cuente Rodri —dijo Martín—. Sabe mucho más que yo sobre Sabina.

Rodrigo se quedó callado unos instantes y miró al suelo, como solía hacer. Metió la mano en el bolsillo de su sudadera, sacó su cubo de Rubik y empezó a manipularlo. Fue entonces cuando comenzó a hablar. Eso sí, muy bajito y mirando todo el rato hacia abajo. La clase entera escuchó en absoluto

silencio y sus palabras resonaron entre las paredes y llegaron a todos los oídos, atentos como nunca. Cuando terminó de hablar, se hizo el silencio.

—Gracias, Rodrigo, yo no podía haberlo contado mejor. Jonás, cuéntanos qué ha pasado esta mañana.

—Nos han robado a Sabina —dijo de sopetón y cabizbajo.

—¿Cómo? —peguntó Martín.

Jonás, ya más tranquilo, les contó lo que había sucedido.

—Hasta Baster intentó impedir que se llevaran a Sabina, pero no lo conseguimos.

—No te preocupes, Jonás, no ha sido culpa vuestra —dijo Ana.

Todos escucharon muy atentos. Claramente, era una de las cosas más increíbles que les habían contado jamás. Dos animales secuestrados, dos individuos de una especie en pe-

ligro de extinción. Unos traficantes. Un rescate. Devolver a esas aves a su lugar de origen, a su hábitat, a su hogar, que es de donde nunca tenían que haber salido. Un chico dijo que por qué no llamaban a la policía, pero Jonás se negó en rotundo: tenía miedo de que la policía los llevara a un zoo, y él estaba en contra de los zoos, donde tenían encerrados entre rejas a los animales. Todos querían participar en el rescate, pero nadie tenía claro por dónde empezar.

—Martín y yo sabemos dónde han encerrado a Sabina y a Cortés. Pero ellos no saben que nosotros conocemos su escondite. Yo propongo que vayamos allí.

—Es peligroso —dijo Jonás—. Cuando entraron en mi casa uno de ellos me apuntó con una pistola que llevaba en el bolsillo de la gabardina.

Lo de la pistola le impresionaba mucho y desde luego no podía arriesgar la integridad de nadie en una aventura en la que hubiera un arma de por medio.

—¿Dentro del bolsillo de la gabardina? —preguntó Ana con una sonrisa en la boca.

—Sí, sí, dentro del bolsillo —contestó muy seguro Jonás.

—¡Pero Jonás! ¡Esa pistola era de mentira! ¡Si hubiera sido de verdad, te la hubiera enseñado! —añadió Ana riéndose aliviada.

La hora de clase de Ana llegaba a su fin y enseguida llegaría la siguiente profesora. Tenían que pensar antes de actuar, y la clase entera + Jonás + Martín + Rodri + Ana se comprometieron ¡entusiasmados! a encontrar una solución y, ante todo, a guardar el secreto. No podían contar nada a nadie. Se verían por la tarde, después de salir de clase, en la casa de Jonás.

Jonás se despidió de los chicos, se despidió de Ana, salió de la clase y se fue andando hacia la salida, escoltado por Baster. Rodri se había quedado a un lado esperándolo y, cuando comprobó que no había nadie por los pasillos, corrió hasta él y le tocó el hombro por detrás: tenía algo que contarle.

VIII. BASTER SE CONFORMA CON ESCUCHAR LA CONVERSACIÓN

A la hora y en el lugar convenidos estaban todas las personas convocadas. Todos habían buscado una excusa para llegar a casa más tarde. Ana tuvo que cancelar su ensayo en el teatro (aparte de profesora era actriz). Martín no tenía problema en llegar a la hora de la cena. Total, iba a ver a su abuelo... Y Rodrigo les dijo a sus padres lo mismo de la otra vez, que volvía con su vecino. Todo estaba listo para preparar el rescate. Aunque antes Jonás les tuvo que hacer la visita turística por la casa y enseñarles los animales a los que cuidaba y con los que charlaba a diario. Estaban todos menos Sabina. Jonás la echaba de menos.

—Que sepáis que esta mañana he ido a la nave —empezó a hablar Jonás— y a la puerta estaban los dos matones que vi-

nieron a mi casa a secuestrar a Sabina. El de la gorra de cuadros no estaba.

—Eso significa que los animales están dentro —confirmó Lola, la compañera que contó lo del ataque de risa.

—No tardarán en venderlos —dijo Martín.

—¿Y cuándo será eso? —preguntó un chico.

—¡Eso! ¿Cuándo será la venta? —preguntó otra chica.

—¡Eso, eso! ¿Cómo podemos enterarnos de cuándo será la entrega? —preguntó un tercero.

—¡Es una injusticia vender animales! ¡Y más aún si están en peligro de extinción! —dijo enérgica una cuarta—. ¿Qué se creen, que son «cosas» que pueden utilizar a su antojo?

—¿Les estarán dando de comer? —preguntó una quinta.

—¿Los estarán cuidando bien? —preguntó un sexto.

—La verdad es que no podemos contestar a ninguna de esas preguntas —intervino Ana—, pero de las preguntas podemos deducir varias cosas. Una: que los animales siguen dentro de la nave. Dos: que tienen que darles de comer y cuidarlos porque de eso depende el éxito de la venta. Tres: que no saben que los tenemos localizados, y por eso jugamos con ventaja. Y cuatro: que en breve tendrán que salir para venderlos, pero no sabemos cuándo.

Mientras hablaban, los animales de la casa se habían ido acercando y se habían puesto cómodos entre ellos. Martín acariciaba a Orión, el conejo. El gato, Javier, ronroneaba en los brazos de un niño que le hacía cosquillas en el lomo. La gata Belcha se había colocado en el regazo de Ana, que jugaba con sus patitas. Y la gata Mustia estaba mustiamente arrimada a los pies de Jonás, con el que tenía más confianza. Las dos tortugas, Manuela y Coliflor, observaban la escena desde el patio a través del cristal. Igual que las salamandras, que también estarían deseando saber qué se cocía dentro de la casa de Jonás. Y, por

último, Baster, que se conformaba con estar tirado en el suelo escuchando la conversación.

Rodri parecía que estaba ausente. Pero no, no estaba ausente. Mientras movía rápida y disimuladamente su cubo, pensaba.

—Sabina y Cortés han sido robados de África —dijo en voz baja y sin levantar la cabeza de su cubo— y tienen que volver a su casa, pero nosotros no podemos viajar hasta África. Tenemos que buscar a alguien que lo haga por nosotros.

—¡Eh! —dijo de pronto Ana—. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? Una amiga mía es de SEO BirdLife, una asociación muy importante que protege a las aves que están en peligro y actúa cuando hay comercio ilegal de especies.

—Sí, pero también tenemos que llamar a la policía, ¿no? Esta gente son unos traficantes —dijo Martín—. Pero tú no querías, ¿no, abuelo?

—A ver, pongamos orden. Yo no quería llamar a la policía, es verdad, pero he reflexionado, muchacho, y tienes razón —dijo Jonás a su nieto—. Esta gente no puede salirse con la suya y seguir traficando con animales. De la policía ya me he encargado yo. Bueno, nosotros. —Y miró a Rodri—. Ahora os lo contará él. Pero del rescate nos ocuparemos todos nosotros.

—Tenemos que actuar rápido. Yo voy a llamar a mi amiga —intervino Ana muy excitada—. Estoy segura de que querrán ayudarnos: devolver a su hábitat a dos picozapatos será un magnífico reto.

—¿Pero cómo lo hacemos? —dijo el niño que acariciaba el lomo del gato—. Primero tendremos que rescatarlos, ¿no?

Efectivamente. Todo lo que habían dicho estaba muy bien, pero primero había que diseñar un plan para rescatarlos.

—Yo sé cómo hacerlo.

Y todos giraron la cabeza para escuchar a Rodri. Cuando terminó de explicar minuciosamente el plan —incluido aquello de la policía—, los embargó un grato sentimiento de unidad que formalizaron con un sentido aplauso. Pero se hacía tarde y tenían que volver a sus casas. Quedaron convocados para el día siguiente, sábado, a las nueve de la mañana en el mismo sitio, bien dormidos, bien desayunados y con la cara bien lavada porque debían tener todos sus sentidos a pleno rendimiento. Ah, y con la boca sellada y sin levantar sospechas.

IX. ¡LO HACÉIS MUY BIEN!

Con «puntualidad británica» (esto quiere decir que los británicos tienen fama de no llegar nunca tarde a una cita), se reunieron en la casa de Jonás a las nueve en punto: las chicas y los chicos de la clase de Martín, Martín, Rodri, Jonás, Ana. Baster estaba tumbado a los pies de Jonás. También había otra persona:

—Os presento a Betty —dijo Ana—, mi amiga de SEO BirdLife. La llamé anoche y lo han preparado todo para acoger a Sabina y a Cortés. Si todo sale bien, cuando los tengamos, los meteremos en su furgoneta especial para transportar aves grandes. Ellos ya han contactado con la reserva de donde fueron robados. Los cuidarán aquí hasta que arreglen la documentación para poder viajar y llevarlos a la reserva.

—Bueno, se acabaron las presentaciones —dijo Jonás, visiblemente nervioso—. ¡Vamos a ponernos en acción!

—Un momento. Todavía no —interrumpió Rodri—. ¿Cada uno sabéis bien lo que tenéis que hacer?

Se miraron entre ellos... Ehhh... no, muy bien no lo sabían. O... sí, más o menos sí. Pero... no, nunca habían llevado a cabo un plan para rescatar a unos animales en peligro de extinción a los que unos malhechores hubieran secuestrado. Aunque... sí, sí se sabían de memoria las instrucciones que les había dado Rodri anoche. Pero... no, no estaban seguros de nada, ahora que había llegado el momento de la verdad. ¡¡¡Qué nervios!!!

—¡Claro que lo sabemos! ¡Tampoco es tan difícil! —dijo finalmente Lola, la chica del ataque de risa de su tía—. ¡Venga, vamos a vestirnos ya!

Cada uno fue sacando de su mochila un disfraz; era la semana de carnaval y nadie se iba a extrañar de que fueran así vestidos. Decidieron disfrazarse de bailarines con ropas muy vistosas, de sedas, faldas, pantalones, capas brillantes, sombreros y plumas de colores, y llevaban un altavoz de alta calidad que

habían conectado a un móvil para poner la música a todo meter. Cuando ya estaban vestidos, se agruparon —¡eran veinticinco personas!— y se fueron rumbo la nave. El abuelo y Betty aparcaron la furgoneta de SEO BirdLife en una esquina desde donde podían ver la nave sin ser vistos. Y allí se quedaron. Alertas. A la espera.

¿A la espera de qué? Jonás ya había contactado con la policía el día anterior. Después de que Rodrigo le diera en el pasillo del colegio una información muy valiosa que no le había contado a nadie, Jonás se fue a la comisaría. Allí le atendió una policía. Cuando se sentó frente a ella, le contó que él, su nieto, el vecino de su nieto, la profesora de su nieto y la clase entera de su nieto habían descubierto un caso de tráfico: Sabina y Cortés, dos picozapatos en peligro de extinción. La mujer le miró un poco raro. Quizá la forma de contarlo no fue la más apropiada.

—¿Está usted seguro? Necesitamos pruebas para poder intervenir.

—Aquí tengo una prueba.

Jonás sacó del bolsillo de su abrigo la pequeña grabadora de Rodrigo y le dio al on. La voz del hombre de la gorra hablando con el comprador se escuchó nítidamente, y sus palabras se entendieron a la perfección. Cuando terminó, la mujer asintió con la cabeza —lo cual era bueno—, pero le dijo que también necesitaban una prueba visual para poder actuar —policialmente hablando, «actuar» significa ir y detener a los malos—. Al final Jonás consiguió de la mujer policía el compromiso de que un coche patrulla estaría preparado para intervenir inmediatamente en cuanto recibieran esa prueba visual.

Esa mañana de sábado, allí estaban los integrantes de esta aventura caminando nerviosos hacia la nave, dispuestos a conseguir su propósito. Cuando estaban ya cerca... ¡que comience la actuación! Encendieron la música, subieron el volumen y empezaron a desfilar bailando y cantando hasta que llegaron a la puerta de la nave, y ahí se quedaron, dale que dale que dale con la fiesta.

En cuanto la música llegó a sus oídos, Tato y Tata, que estaban vigilando a la puerta de entrada de la nave, se miraron y no pudieron evitar mover rítmicamente los pies y las caderas. Uno de los chicos salió del grupo y los animó para que se unieran al baile.

—No, no podemos.

—¿Dónde habéis aprendido a bailar? ¡Lo hacéis muy bien!

—Vamos a una escuela de baile en nuestros ratos libres.

No pudieron resistirse y «total, por un momento no pasa nada» se pusieron a bailar como dos más del grupo, aunque desentonaban, la verdad, por sus vestimentas caquis y sus botas de montaña. La música y el ruido eran tan atronadores que inmediatamente salió el hombre de la gorra a ver qué demonios pasaba. Fue entonces cuando Martín y Rodri, que se habían colocado disimuladamente cerca de la puerta, se colaron dentro y, en tiempo récord, Martín grabó el interior con la cámara de su móvil: Sabina y Cortés, metidos en sendas jaulas, los miraban

con sus ojos casi-amarilllos y redondísimos, como pidiendo que los sacaran de allí. De pronto:

—¿Quiénes sois? ¿Qué hacéis aquí? —Era el hombre de la gorra, que los había visto entrar dentro de la nave y había venido tras ellos—. ¡Largo!

Pero no tuvieron necesidad de contestar, porque vieron entrar a la persona que estaban esperando y que sorprendió al hombre de la gorra:

—No tan rápido, caballero. —Era Ana, vestida con un uniforme de policía que había utilizado hacía mucho para una obra de teatro—. Arriba las manos. —Y le apuntó con una pistola de plástico (un clásico de las películas) de las que no dan el pego ni por asomo, pero bueno, el hombre no estaba para fijarse mucho—. Ni se le ocurra mover un músculo.

El hombre no podía creer lo que estaba pasando. Hacía un momento estaba tan tranquilamente esperando la llegada del señor Peña para hacer la entrega y acabar por fin con esa venta

que se le había complicado tanto, y ahora sin embargo estaba siendo arrestado.

—Un momento, yo no tengo nada que ver, señora policía.

—¿Cómo que no tiene usted nada que ver? ¿Y estos animales quiénes son? ¿Acaso son primos suyos y les ha invitado a desayunar?

—Se lo juro, señora policía, yo soy buena persona.

—¿Es que ahora las buenas personas se dedican a meter a los animales en jaulas?

—Tiene usted razón, señora policía, no está bien tenerlos así. Pero ha sido el señor Peña, él me ha obligado a robar a estos animales. ¡Me tenía amenazado de muerte! —mintió.

—Pues yo no veo a ningún señor Peña. Solo le veo a usted y a estos animales enjaulados —dijo Ana, cada vez más segura de su papel.

—El señor Peña... —dudó un instante, pero enseguida continuó—: ¡Está a punto de llegar! Viene en un cochazo rojo descapotable. Deténgale a él, y a mí déjeme libre. ¡Yo amo a los animales! Se lo juro, señora policía, ¡yo amo a los animales!

Martín, Rodri y Ana no podían creer lo que estaban oyendo. ¡El propio traficante iba a traerles a la misma puerta al comprador! Era urgente actuar ya. Martín buscó rápidamente en el móvil: *Galería-Archivos-Seleccionar-Enviar-Compartir con-Destinatario-Abuelo Jonás.* ¡Enviado lo que acababa de grabar! Después y con los dedos temblones, Martín escribió:

Urgente!

Venid ya! Yaaaaaa!

Tenemos ya al malo!

El comprador viene de camino!

En descapotable rojo.

—Le creo, le creo, claro que le creo —dijo Ana muy tranquila—. Usted va a abrir las jaulas muy despacito, sin hacer ningún movimiento raro y ya después hablamos del trato, señor... ¿con quién tengo el gusto de estar hablando?

—Guzmán Bueno Bonito, para servirle.

—Estupendo, señor Guzmán. Abra las jaulas, hágame el favor —le pidió mientras le seguía apuntando con la pistola.

Ana se metió tanto en el papel, que Guzmán obedeció. Se acercó a las jaulas y sacó del bolsillo de su pantalón un llavero con dos llaves. Con la pequeña abrió primero una jaula y luego la otra, y las dejó encima de la mesa. Sabina y Cortés, ya libres, desplegaron sus alas desperezándose después de tanto tiempo encerrados.

—Y ahora, si es usted tan amable, señor Guzmán, dese la vuelta —se lo dijo con tanta gentileza que el hombre hasta colocó las manos por detrás para que le pusiera las esposas. En ese momento, se dio cuenta de que los chicos seguían allí.

—¿Y estos dos mocosos quiénes son?

—¿Estos dos? ¿Quiénes sois, muchachos? —dijo Ana exagerando la pregunta—. ¿Qué hacéis aquí? ¿Os habéis perdido? ¡Venga, corriendo a vuestras casas, que os estarán esperando vuestras familias! —se enrolló Ana mientras con disimulo cogía el juego de llaves, se lo daba a Jonás y les hacía un gesto con la cabeza señalando a los animales.

—Nosotros ya nos íbamos —dijo inmediatamente Martín, y ambos, después de inclinarse en señal de respeto hacia Sabina y Cortés, los condujeron silenciosamente hasta el exterior.

Ana se quedó a solas con Guzmán:

—Se va a quedar ahí quietecito mirando a la pared mientras voy a detener al hombre del descapotable. Si es que es verdad lo que me ha contado, claro. Pero yo confío en usted. Ahora vuelvo, ¿eh? Si se mueve un milímetro, romperé inmediatamente el trato.

Mientras tanto, a unos metros de allí, Jonás había recibido por fin el video que le había enviado Martín, que directamente se

lo reenvió a la mujer policía, que a su vez dio la orden inmediata de que un coche patrulla acudiera raudo al lugar de los hechos: es decir, la nave. Y a continuación leyó el mensaje. Lo que pasó después fue improvisado casi en su totalidad.

Martín y Rodri salieron con Sabina y Cortés a la calle. A lo lejos vieron cómo se acercaba lentamente el descapotable rojo. Había que quitarse de en medio cuanto antes. Tenían que esconderlos de la vista de los mellizos. Martín, desde la puerta, hizo un gesto a Lola, que ella entendió perfectamente y enseguida se dividió el círculo en dos pequeños. El círculo 1 rodeó a Sabina, a Cortés y a Rodri, que se dirigieron hacia la furgoneta de Betty. Ana se incorporó al círculo después de haber dejado esposado a Guzmán. El círculo 2, que rodeaba a los mellizos, apagó la música. Estos volvieron a la realidad y de pronto se dieron cuenta de que habían metido la pata hasta el fondo: ¡se habían alejado de la entrada y la habían dejado sin vigilar! Se llevaron las manos a la cabeza y corrieron a la puerta, que estaba abierta, y se asomaron dentro

para comprobar que todo estaba en orden. Cuando Martín vio que estaban dentro, cerró de un portazo la puerta y le dio dos vueltas al cerrojo. Los del círculo 2 se dispersaron inmediatamente y en unos segundos todo se quedó vacío y en silencio.

Mientras, el abuelo tuvo que improvisar también. Nada más leer el mensaje de Martín, levantó la vista del móvil y vio acercarse a lo lejos el coche al que se refería su nieto: un descapotable rojo. Salió inmediatamente de la furgoneta para ir a su encuentro, y se hizo pasar por el vendedor:

—Buenos días, señor Peña, soy Guzmán, le estaba esperando impaciente —le dijo cuando el comprador paró su descapotable y se bajó del coche.

—Le noto la voz distinta a cuando hemos hablado por teléfono —contestó el hombre, que iba vestido con un traje de chaqueta negro muy negro y una corbata azul muy azul.

—Ejem, sí, estoy un poco constipado. No perdamos tiempo y vayamos al grano —le dijo mientras caminaban hacia la puer-

ta—. Este es mi ayudante —dijo refiriéndose a Martín, que ya estaba preparado para abrirla—. Pase usted primero.

En cuanto el hombre estuvo dentro, ¡zas!, Martín cerró la puerta metálica, dos cerrojazos y ¡fin!: Guzmán, Tato y Tata y el señor Peña quedaron allí atrapados. Martín soltó en el suelo las llaves como si le quemaran y dio un fuerte suspiro mientras su corazón bombeaba a mil revoluciones. Nieto y abuelo se miraron.

—Ven aquí, muchacho, ¡dame un abrazo!

Cuando terminaron de abrazarse levantaron la vista y vieron allá al fondo a todos los chicos y las chicas alrededor de la furgoneta de Betty. Atentos a lo que acababa de suceder a la entrada de la nave, habían estallado en un gran aplauso y se abrazaban y daban saltos de alegría. Cuatro ojos-casi amarillos y redondísimos los observaban desde la lejanía, y se podría decir que esos ojos brillaban de gratitud.

La patrulla de policía llegó a los pocos minutos y se encontraron ya con el trabajo hecho: dentro de la nave estaban los tra-

ficantes y también los papeles de la compra-venta ilegal. Además, la policía tenía en su poder las pruebas que necesitaban (un audio y un video) para que estos recibieran su merecido. Sabina y Cortés serían devueltos a África, a su hábitat natural, de donde nunca debieron haber salido.

X. AL LUNES SIGUIENTE...

El lunes por la mañana, Rodri tocó el timbre de la casa de Martín. Cuando este abrió, Rodri se inclinó hacia él y Martín le devolvió la reverencia que tan bien habían aprendido. Ambos se echaron a reír. Era el saludo con el que a partir de ese día sellaron su amistad.

FIN

Cuento sobre Necesidades Educativas de Apoyo Específico

La cigüeña-que no-era-una-cigüeña



Financiado por:

GOBIERNO DE ESPAÑA
MINISTERIO DE DERECHOS SOCIALES Y AGENDA 2030
POR SOLIDARIDAD
OTROS FINES DE INTERÉS SOCIAL

CONFEDERACIÓN ESPAÑOLA DE ASOCIACIONES DE PADRES Y MADRES DEL ALUMNADO
Puerta del Sol, 4 | 6º A | 28013 MADRID | Teléfono 91 701 47 10
ceapa@ceapa.es | **www.ceapa.es**